



UN PÁRROCO-MODELO

QUE OFRECE Á LOS DE SU ARCHIDIÓCESIS

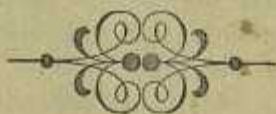
EL EXCMO. E ILMO.

SR. ARZOBISPO DE GRANADA,

EN LA BIOGRAFÍA

DEL FAMOSO CURA DE ARS,

en el Obispado de Belley de Francia.



GRANADA.—1875.

IMPRENTA DE D. JERÓNIMO ALONSO,

calle del Colegio Catalino, núm. 1.º

H. A. Valencia 15 Abril 1883

1889
46(2)

002
002

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21



Mucho ponderan y encarecen la sublimidad é importancia del ministerio parroquial tanto los doctores de Derecho canónico, como los de Teología moral y pastoral. Mucho y muy bueno se ha escrito en estos últimos tiempos sobre el grande y saludable influjo que ejercen los párrocos en la familia y en la sociedad, así en las ciudades y villas populosas, como en las aldeas y en los campos; pero por mucho que se hable y escriba, nunca se encarecerán bastante el mérito y excelencia de un buen párroco y la inmensa trascendencia religiosa y social de todas y cada una de las sagradas funciones de su elevado cargo pastoral.

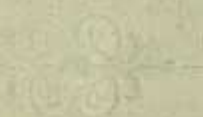
Hemos dicho de un buen párroco, esto es, de un párroco que resida material y moralmente en su parroquia: que procure conocer intimamente á todos sus feligreses; que en el templo y en la calle, en su casa y en la ajena, en el vestir y en el andar, en el mirar y en el hablar y en su conducta pública y privada les edifique con su modestia, honestidad y buen ejemplo; que les alimente con el pan de la divina palabra en los días, modo y forma que prescribe el Santo Concilio de Trento; que les administre con asiduidad y constancia los santos Sacramentos; principalmente el de la Penitencia y el de la sagrada Comunión; que les aconseje en sus dudas y perplejidades; que les consuele en sus infortunios y des-



<p>LIBRO DE REGISTRO</p> <p>19</p> <p>46(2)</p>

<p>LIBRO DE REGISTRO</p> <p>C</p> <p>002</p> <p>008(2)</p>
--

REPARTITA DE CANTON
 DE LA PROVINCIA DE
 EL PASO DE LOS RIOS



GOBIERNO DE LA REPUBLICA
 MINISTERIO DE ECONOMIA Y FINANZAS



Mucho ponderan y encarecen la sublimidad é importancia del ministerio parroquial tanto los doctores de Derecho canónico, como los de Teología moral y pastoral. Mucho y muy bueno se ha escrito en estos últimos tiempos sobre el grande y saludable influjo que ejercen los párrocos en la familia y en la sociedad, así en las ciudades y villas populosas, como en las aldeas y en los campos; pero por mucho que se hable y escriba, nunca se encarecerán bastante el mérito y excelencia de un buen párroco y la inmensa trascendencia religiosa y social de todas y cada una de las sagradas funciones de su elevado cargo pastoral.

Hemos dicho de un buen párroco, esto es, de un párroco que resida material y moralmente en su parroquia: que procure conocer intimamente á todos sus feligreses; que en el templo y en la calle, en su casa y en la ajena, en el vestir y en el andar, en el mirar y en el hablar y en su conducta pública y privada les edifique con su modestia, honestidad y buen ejemplo; que les alimente con el pan de la divina palabra en los días, modo y forma que prescribe el Santo Concilio de Trento; que les administre con asiduidad y constancia los santos Sacramentos; principalmente el de la Penitencia y el de la sagrada Comunión; que les aconseje en sus dudas y perplejidades; que les consuele en sus infortunios y des-



gracias; que les socorra cuanto pueda en sus necesidades; que catequice é instruya á sus hijos en la Doctrina cristiana y santo temor de Dios; que les visite en sus enfermedades y les sostenga y conforte en su última hora con los auxilios espirituales de nuestra santa Religion; un párroco, en fin, que sea diligente y cuidadoso en llenar todas y cada una de las obligaciones de su cargo: porque faltando á ellas, claro está que no podrá ejercer en el pueblo la saludable influencia propia de su sagrado ministerio, y que este llegará á ser estéril é infecundo y quizás perjudicial y dañoso en muchos casos.

Por eso nuestro Señor Jesucristo, divino Fundador de la Iglesia y dador invisible de todos los cargos y ministerios que hay en ella, conociendo mas que nadie la altísima mision de los párrocos; que estos habian de ser cerca de los pueblos la mas comun y genuina representacion y personificación de su Religion santísima, y que por ellos se habian de repartir principalmente á todos y cada uno de los fieles los riquísimos tesoros de gracia y de verdad que ha depositado en su Iglesia, ha cuidado de suscitar en todos los paises y tiempos algunos párrocos señalados en celo, virtud y santidad, que sirviesen de estímulo y ejemplar á los demas. Y en nuestro mismo siglo XIX en que la Iglesia católica nuestra Madre está mas necesitada que nunca de buenos sacerdotes, y sobre todo de excelentes párrocos, nos ha suscitado uno incomparable en la persona del venerable siervo de Dios Juan Maria Vianney, Cura párroco de Ars en la diócesis de Belley de Francia, el cual ha muerto en olor de santidad en nuestros dias, en 14 de Agosto de 1859.

Llamado por Dios desde que se ordenó de Sacerdote al ministerio parroquial, fué primero nombrado vicario ó teniente coadjutor de un anciano párroco, y muerto este; se le confirió la pequeña feligresía de Ars; y aunque su Obispo quiso premiar su celo y sus virtudes, ascendiéndole á una parroquia de mas categoría y vecindario, el Señor estorbó su traslacion, porque queria que viviese y muriese en el curato de una pequeña aldea, sin mas aspiraciones y deseos que dar gloria á Dios, ganarle almas, rendirle corazones, regir bien

su parroquia y conquistar en ella el reino de los cielos; y queria además que desde aquel rincón de Ars y en su modesta posición de Cura de aldea sirviese de luz, de guía y de consuelo á todos los párrocos de Europa y del mundo, y mas especialmente á los que Dios destina por medio de sus legítimos Prelados á ejercer la cura de almas en pueblos miserables y pequeños, que son la mayor parte, y en los cuales obrando con devoción, suele el Señor recompensar la falta de conveniencias temporales con mas paz interior, mas tranquilidad de conciencia, con mas consuelos espirituales, con mas fervor y fruto en el ministerio, con mas libertad de acción y aun con mas cariñosas muestras de consideración y de respeto. ¡Ah, cuántos y cuántos párrocos hemos visto arrepentidos y tristemente pesarosos de haber ascendido y mejorado de parroquia!....

Por lo tanto creemos hacer un obsequio á nuestros queridos párrocos con insertar en nuestro Boletín eclesiástico una pequeña biografía del famoso Cura de Ars, que hemos tomado de un periódico católico, y que ha sido extractada al parecer de la vida que escribió en francés Mr. Monnin; de un precioso librito titulado «*Espíritu del Cura de Ars*» y aun del proceso incohado para la beatificación de este venerable Siervo de Dios, al que esperamos ver algún día acaso no lejano en los altares, atendiendo á lo muy favorablemente que ha sido acogida su causa en Roma por el Santo Padre y por la Sagrada Congregación de Ritos, y á los muchos milagros obrados recientemente en su sepulcro.

Nuestro ilustrado y respetable Clero parroquial hallará en esta pequeña biografía al Sacerdote ejemplar y al Párroco-modelo que nos ha deparado el Señor en este siglo desdichado, y esperamos que auxiliado con su gracia, se esforzará en imitarle cuanto pueda; acordándose que es legítimo sucesor en la dignidad y en el cargo, y que debe serlo también en la piedad y celo, de aquellos ilustres y valerosos párrocos, primicias de nuestro Seminario de S. Cecilio, que en la rebelión de los moriscos sufrieron cruellísimos martirios por la fe de Cristo en varios pueblos de nuestras Alpujarras; del venera-

ble y renombrado párroco de Ventas de Huelma D. Francisco de Velasco, famoso por su caridad y celo, por su grande mortificacion y rigurosas penitencias, y de otros muchos Sacerdotes dignísimos que en distintas épocas han honrado y altecido sobremanera el ministerio parroquial en este nuestro Arzobispado.

Granada 5 de Marzo de 1875.

✠ *Bienvenido, Arzobispo de Granada.*

I.

PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA DEL CURA DE ARS.

El lugar y la hora en que vino al mundo el siervo de Dios nos recuerdan Belen y la dulce hora de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Daidilly, pequeña aldea situada á 8 kilómetros de Lyon, tuvo la dicha de poseer á la familia piadosa y ejemplar de los Vianneys. Mateo Vianney y Maria Beluse vivian modestamente cultivando sus tierras y practicando la piedad y las virtudes. Dios los recompensó dándoles muchos hijos, entre los que vino al mundo el 8 de Mayo de 1776, á las doce de la noche nuestro Santo (1), á quien se bautizó con los simpáticos nombres de Juan Maria. Dios, al concederles este nuevo hijo, quiso sin duda recompensarles la caridad que ambos esposos dispensaban á cuantos pobres pisaban los umbrales de su casa; y entre ellos tuvieron la dicha de socorrer al bienaventurado Labre, que hoy veneramos en los altares, y que con su presencia atraeria sobre aquella casa innumerables bendiciones. Su madre, sobre todo, era tan afable y piadosa, que acordándose un dia de ella Juan Maria, cuando ya era anciano, dijo estas sublimes palabras: «Me parece imposible que un hijo vea á su madre sin conmoverse y llorar.»

(1) Al llamar Santo al Cura de Ars, no pretendemos en modo alguno prevenir la decision de la Santa Iglesia que acatamos humildemente.



A los tres años de edad Juan María no tomaba alimento alguno sin hacer previamente la señal de la cruz, y como su buena madre, cual la reina Blanca á S. Luis, le hablaba de la gravedad del pecado, y le aconsejaba la oracion para evitarlo, de tal manera se dedicó á este santo ejercicio, que buscaba lugares ocultos donde pudiese hacerlo sin llamar la atencion. Un dia se le encontró en un establo de rodillas y con las manecitas juntas, tan absorto en su oracion, que no sintió la alarma que causó su desaparicion en la familia, y mas aún en su cariñosa madre que le suponía ahogado en una laguna próxima á la casa en que residían. Amaba muchísimo á la Santísima Virgen, y cuando su madre por sus ocupaciones no oía la campana de la Iglesia que tocaba el *Angelus*, el niño se lo advertía y rezaba con suma devocion las *Ave Marias*, práctica que amó hasta el punto de formar luego una asociacion para propagarla.

Esta precoz devocion era efecto en Juan María de un don divino que producía algunas veces maravillosos resultados. Solo tenía siete años, cuando encontrando en la calle á Maria Vicenta, niña de su edad y que vivía muy cerca de su casa, entablaron una conversacion muy seguida. Juan María le dijo, que ambos podrían conciliarse perfectamente y ser amigos. Si, respondió Maria, y si quieren nuestros padres nos casaremos. ¡Ah! dijo el niño con viveza, en cuanto á eso no hablemos mas, no hablemos nunca. Tal era el amor á la pureza que la Virgen le había alcanzado de Dios antes de que pudiese saber en lo que consistía esta virtud.

Ocupábale sus padres en guardar un pequeño rebaño, y Juan María en el campo sabía hallar á Dios, contemplando las maravillas incesantes de la naturaleza que proclaman la gloria de su Autor. La salida y postura del sol teniendo el horizonte con fajas de pálidos y brillantes colores, disipando las tinieblas de la noche, ó cubriendo la tierra con velo sombrío para que se entregue plácidamente al reposo; la primavera siempre risueña, haciendo brotar variadas y olorosas florecillas por todas partes, el trinar de los pajarillos saludando alborozados el astro del dia; el estío con sus doradas mieses;

el otoño con sus sazonados frutos y el invierno con sus campos melancólicamente cubiertos de nieve, cautivaban el alma de Juan Maria, y excitaban en alto grado sus sentimientos religiosos. Atraídos los otros pastorcillos por su buen carácter, venían á buscarlo, y conversando con ellos, exhortábalos á la virtud y á la oracion. Cuando los veia mas atentos é impresionados por sus palabras, colocaba una pequeña imágen de la Virgen Sma. que llevaba siempre consigo, en el hueco de un tronco de árbol, y les invitaba á rezar el Rosario. Arrodillábanse todos, y contestaban á las oraciones de Juan Maria.

Subia algunas veces lleno de santo celo á una pequeña altura, y desde allí les predicaba con jaculatorias á Dios y á la Virgen Santísima, imitando los gestos y ademanes de los predicadores que habia oido. Cuando se cansaban sus compañeros, se retiraba á un paraje solitario, y allí se dedicaba á la oracion confiando la guarda de su ganado al mas juicioso de todos. Oia Misa con frecuencia, valiéndose de este último medio para no perjudicar los intereses de sus padres; y como su padre era muy caritativo le auxiliaba todo lo que podia, llevando en su compañía á algunos pobres hasta la casa paterna. No le faltó alguna tribulacion, pues entre los pastores hubo uno dotado de un caracter brutal, que lo maltrataba, «porque, decia ingénuamente el siervo de Dios, sabia que no me quejaba nunca.»

Creciendo Juan Maria en edad y virtudes, la impiedad triunfo en Francia con las sangrientas jornadas del Terror. Once años tenia el siervo de Dios, cuando un dia observó que las campanas de la Iglesia no sonaban invitando á los fieles al divino sacrificio. Con asombro preguntó á su madre cual podia ser el motivo, y su madre levantó los ojos húmedos de lágrimas al cielo, diciéndole, que solo allí en lo sucesivo era permitido adorar á Dios.

Vino un Sacerdote á desempeñar el curato de la aldea, pero como era de los que juraron la constitucion civil del clero: nadie acudió a la Iglesia por no tomar parte en los sacrilegios del intruso. Sin embargo algunos Sacerdotes fieles se

reunían en Ecully, pueblo cercano á la aldea, y en diferentes casas, para celebrar la Misa y administrar los Santos Sacramentos. Acudían allí los padres y la familia de Juan María; y como en las catacumbas de los primeros siglos se fortalecían los cristianos con la gravedad cada vez más creciente del peligro, así también, esta fervorosa familia oía las explicaciones ó el catecismo, y preparaba á su hijo, y lo disponía para recibir por primera vez los Sacramentos de la Confesión y Comunión. Esta solemnidad tuvo lugar á las doce de la noche en una granja destinada á guardar heno. Algunos hombres apostados de trecho en trecho vigilaban, prontos á dar aviso á la más pequeña alarma, pues esto ocurría en 1799. El siervo de Dios después de oír la santa Misa, recibió la sagrada Comunión, quedando tan profundamente grabado este acto solemne en su corazón, que mucho tiempo después se expresaba así: «Cuando se comulga, se experimenta un notable bienestar que se extiende por todo el cuerpo; y es nuestro Señor Jesucristo que nos toca y nos hace sentir su divina presencia.» Desde entonces se conocieron bien los efectos que la Eucaristía produjo en su alma, aumentando su modestia, su humildad y caridad.

Ocupábase después en las faenas agrícolas, y no perdía de vista la divina presencia, pues si estaba solo rezaba en alta voz; y cuando le acompañaban, oraba mentalmente, especialmente durante la siesta en que los otros se dormían para descansar de sus trabajos.

Dios suscitó al fin un hombre que contuviese los furioses revolucionarios y restableciese el culto de nuestros padres; y en 1805 M. Bulley, excelente Sacerdote, se puso al frente de la parroquia de Ecully, en la cual Juan María fué confirmado por el Cardenal Fesch, Arzobispo de Lyon. El digno Párroco organizó allí un pequeño Seminario para los aspirantes al Sacerdocio, y Juan María tuvo la dicha de ser admitido en el número de sus discípulos. Desde este momento vió realizados sus fervientes deseos de pertenecer al Clero, cuya gloria iba á aumentar con su edificante vida.

La cruz es el don que Dios da á sus escogidos, muy pron-

to Juan Maria tuvo ocasion de ofrecerle sus penas y tribulaciones. Dotado de poca memoria y no mucha inteligencia, no podia adelantar en sus estudios, á pesar de su continua aplicacion. Cuando el desaliento se apoderaba de su alma, tomaba el rosario y buscaba consuelo en la oracion. Imploró la proteccion de S. Francisco Regis é hizo voto de visitar su sepulcro, yendo á pié y pidiendo limosna. No podia prever las humillaciones que le esperaban, y mucho sufrió durante su peregrinacion. Asi es que decia: mas vale dar que recibir. Mendigué una vez cuando visité el sepulcro de S. Francisco Regis, y me tomaban por un ladron.» El Señor bendijo su fé, y desde entonces le fueron los estudios mas fáciles. Pero una nueva y mas dolorosa prueba le reservaba la Providencia. Cuando M. Balley lo admitió por discípulo envió su nombre al arzobispado de Lyon, para que se le inscribiese en la lista de los aspirantes al Sacerdocio, formalidad suficiente para eximirse del servicio militar.

Por un error inexplicable omitieron hacerlo, y cuando las autoridades militares lo supieron, le enviaron la orden de partir inmediatamente para Bayona. Júzguese cuál sería la desolacion de su familia; en vano su padre ofreció 3000 francos por un sustituto. Juan Maria consolaba á sus padres y se disponia á marchar, cuando cayó gravemente enfermo de resultas de la pena que le causó renunciar al Sacerdocio por el servicio militar.

Las autoridades militares al saber su estado le hicieron trasportar al hospital de Lyon, donde pronto su resignacion y su dulzura llamaron la atencion general, edificando sobre todo á las hermanas Agustinas encargadas de la asistencia de los enfermos. Estas con su solícita caridad contribuyeron á su restablecimiento, y dado de alta recibió la orden de estar dispuesto á marchar el 10 de Enero de 1810 á la frontera española. Una hora antes de expedirsele la hoja de ruta, entró en una iglesia á desahogar su corazon de la pena que le oprimia. Cuando salió de la Iglesia, notó que el batallon habia marchado ya, y presuroso acudió á la administracion militar, en la que acogido bruscamente, consiguió con sumo trabajo

el documento citado. Salió de la ciudad, confiando en reunirse con sus compañeros: pero estaba sumamente débil, y el temor de ser considerado como desertor agobiaba su espíritu.

En tan crítica situacion oró fervorosamente, y vió acercársele un desconocido que le preguntó con bondad el motivo de su tristeza. Declárale Juan Maria con humildad lo que le ocurría, y el jóven le dijo: «Venid conmigo y no temais.» Dejaron el camino real y durante muchas horas marcharon á través de los campos llegando á las 10 de la noche á una casita aislada en medio de un bosque. Llamó el desconocido á la puerta, habló un momento con el dueño de la casa, y desapareció, sin que Juan Maria tuviese despues noticias de él. El propietario le dijo que no tuviese cuidado, y le proporcionó benévola hospitalidad. Su pobreza, pues era fabricante de zuecos, le imposibilitó continuar ejerciendo así la caridad con Juan Maria, y le acompañó á la aldea de Noes situada en los confines de los departamentos del Loire y de Allier. Allí lo presentó al alcalde, se lo recomendó con eficacia, y este le condujo á casa de la viuda Mme. Fayot, que le admitió como si fuese uno de sus hijos, mudando su nombre por el de Jerónimo. Muchas veces estuvo á punto de ser descubierto, y un dia tuvo que esconderse entre heno para escapar de la vigilancia de las autoridades; pero por su amabilidad y modestia todos le querian y protegian. Agradecido al alcalde, le propuso abrir una escuela para enseñar los niños de la aldea, proposicion que aceptó con júbilo y muy pronto confesaron atónitos los padres que sus hijos se trasformaban completamente bajo la direccion de un maestro tan santo. Pero en el verano los niños precisados á tomar parte en las labores del campo, no pudieron asistir á la escuela, y entonces Juan Maria auxilió á los labradores en sus faenas agrícolas. Mme. Fayot hizo saber á los padres de Juan Maria que su hijo se hallaba en su casa; y entonces el hermano mas pequeño ofrecióse á sustituirle en el servicio militar, si se le adjudicaban 5000 francos de la parte de herencia de su hermano.

Entonces Juan Maria regresó al hogar paterno siendo recibido con grande afecto de su familia, de sus conocidos, y sobre todo del respetable párroco M. Balley.

Prosiguió sus estudios de filosofía en el Seminario de Verriere, y pronto conocieron los directores el tesoro que poseían en su establecimiento. Los seminaristas le apreciaban y reconocían sus virtudes, exceptuando uno que despedido de oírle elogiar un día, le abofeteó. Juan María se echó entonces á sus piés, y le pidió perdón, acción que conmovió tanto al agresor, que reconociendo su falta, le abrazó y le prometió inalterable amistad. Este seminarista fué misionero después en América, y murió siendo Obispo de Dubuque.

Admitido por fin en el gran Seminario de Lyon, monseñor Simon, Obispo de Grenoble, le ordenó de Sacerdote en 9 de Agosto de 1815, siendo nombrado Vicario de M. Balley su protector. Con grande entusiasmo fué acogido en Ecully, y su celo, su caridad y dulzura, pronto se manifestaron con sus feligreses durante dos años en que cooperó y auxilió eficazmente al digno Párroco. Dios quería, sin duda, recompensar á este celoso Pastor, y en 1817 murió plácidamente en la paz del Señor y en brazos de su amado Coadjutor. Creyeron los habitantes de Ecully que su pena disminuiría con la esperanza de que M. Vianney sucedería á su antecesor, pero los superiores le destinaron á Ars, aldea mas pequeña, y que mas tarde habia de adquirir celebridad europea.

II.

TRABAJOS APOSTÓLICOS DEL CURA DE ARS.

Cuando M. Vianney fué ordenado Sacerdote, Francia empezaba á levantarse de la postracion y de las ruinas en que la habian sumido los principios volterianos, puestos en práctica durante el Terror. El árbol habia producido sus naturales

frutos, y el genio militar y revolucionario de Napoleon habia comprendido sagazmente la necesidad de dirigir la atencion de los franceses hácia el extranjero, y de prodigar en los campos de batalla de Italia aquel exceso de energia que supo ganar los laureles de la victoria, y dar alguna paz y descanso á su infortunada nacion.

La impiedad, como siempre, no satisfacía las conciencias, que mas despreocupadas y libres de los delirios demagógicos, volvian con ansiedad y anhelo á buscar la verdadera felicidad que da la posesion de la verdad y la práctica de los principios religiosos. Necesitábase pues, un Clero lleno de fuego y entusiasmo, que indicase una vez mas el camino para el cielo, que enjugase tantas lágrimas y reparase tantos desastres, que difundiese la caridad en vez del odio, y que se pusiese al frente de aquella regeneracion social. Y entre varias almas predilectas, Dios suscitó para ello á M. Vianney, pobre Sacerdote, Párroco de una humilde aldea de Lyon.

Cuando tomó posesion de su curato, procuró ganar con afabilidad y dulzura el cariño de sus feligreses, exhortábalos y visitábalos, dándoles buenos y saludables consejos; informábase cuidadosamente de la salud de todos sus individuos, y de día y noche estaba siempre dispuesto á socorrer y aliviar todas sus necesidades. Pronto obtuvo la benevolencia universal, y empezó á ejercer en el pueblo aquella irresistible influencia que fué siempre en aumento, robustecida con sus relevantes virtudes. ¿Y cómo no habia de ser así, al ver aquel digno Sacerdote de elevada estatura, facciones ascéticas, ojos expresivos, y despidiendo llamas de caridad, pálido y demacrado por los ayunos, vestido con una sotana raída y con los zapatos de suela fuerte, amarillos del uso y sin embetunar? Todos conocian su celo por la salvacion de las almas, que lo absorbía totalmente su tiempo, y aquella generosidad sin límites que le impulsaba á despreciar su cadáver (asi llamaba á su cuerpo) para remediar las necesidades de los pobres.

Consiguó sus principales triunfos con la predicacion y el confesonario. Cuando llegó á Ars, muchos de sus habitantes no cumplian con el precepto pascual y no se conocia la fre-

cuento comunión. Predicándoles sobre la necesidad de recibir los Santos Sacramentos, les decía; «Todos los seres de la creación necesitan comer para vivir, y por esto Dios les proporciona plantas y árboles, mesa siempre bien servida, donde los animales hallan el alimento que les conviene. Cuando Dios quiso alimentar nuestras almas para sostenerlas durante su peregrinación en este mundo, nada encontró digno en toda la creación; y entonces se reconcentró en sí mismo, y resolvió darse. ¡Oh alma mía, cuál es tu grandeza que solo te puede sustentar un Dios!» ¿Quién no creará oír á S. Agustín en uno de sus mejores soliloquios, con su privilegiado talento y apasionado corazón? Para encaminarlos al confesonario, les manifestó que de día y de noche estaba siempre á su disposición. Hijos míos, les decía, no es posible comprender la bondad de Dios al instituir este gran Sacramento. Nunca nos hubiésemos atrevido á pedirle esta gracia, pero todo lo previó su amor. Si se dijese á esos pobres condenados que há mucho tiempo están en el infierno, que un Sacerdote confesaría á los que quisiesen hacerlo, creéis hijos míos, que faltaría alguno? Todos, aun los mas culpables, dirían en voz alta sus pecados, si fuera necesario, y el infierno quedaría desierto.»

Pues bien; nosotros tenemos el tiempo y los medios de que carecen los condenados y estoy persuadido que ahora gritan: Maldito Sacerdote, si nunca te hubiésemos conocido, no seríamos tan culpables (1).

La dulzura de sus palabras atraía á sus feligreses como el perfume de las flores atrae á las abejas, y muy pronto cambió todo de aspecto. Aumentó la concurrencia al Santo Sacrificio, y casi todos comulgaban. Júzguese, pues, cuánto alegrarían estos primeros resultados al digno Párroco, que veía benditos de Dios todos sus esfuerzos y trabajos. Aun no se satisface, y establece la Adoración perpétua al Santísimo Sacramento. «Mirad, decía, cuán bueno es el Señor, y cómo se acomoda á nuestra debilidad. Allí, y les mostraba el tabernáculo, está

(1) Espiritu del Cura de Ars, pág. 172.

oculto como en una cárcel, y nos dice: «No me veis; ¿qué importa? Pedid lo que que queráis, y os lo concederé.» Y se expone sin embargo á muchos trabajos por salvar los pecadores. Visitémosle con frecuencia; ¿á quién le faltará un cuarto de hora para consolarle de la ingratitud de las criaturas? y si lo hacemos, nos lo recompensará debidamente (1).» M. Vianney procuró tambien reanimar la devocion á la Virgen Santísima, y estableció en su parroquia la cofradia del Santo Rosario.

Llegado el momento oportuno, lleno de confianza en la misericordia divina, condenó desde el púlpito tres abusos escandalosos de sus feligreses. Estos eran la profanacion del Domingo, una frenética aficion al baile y la concurrencia á las tabernas. Ante las enérgicas exhortaciones de M. Vianney, que á nadie ofendian directamente, sin emplear en sus discursos otro sarcasmo que la mas exquisita caridad, las mujeres dejaron de ir á los bailes, y los jóvenes se vieron en la imposibilidad de acudir á ellos. En vano buscaron un músico que recorriese las calles de la aldea.—«Amigo mio, le dijo el Párroco, nada agrada á Dios la profesion que V. ejerce.»—Sr. Cura, es necesario vivir.—Si, amigo mio; pero tambien es necesario morir, y temo que entonces no le agrada á V. mucho su profesion. Vamos á hacer un trato. ¿Cuánto le dan á V. al dia?—Veinte francos.—Tome V. cuarenta, y déjeme V. en paz.» El músico se marchó, y en Ars no se volvió á bailar. Tambien conmovió dolorosamente á M. Vianney la profanacion del dia festivo, cuyo móvil era una codicia excesiva, pero subia al púlpito y les decia: «Trabajo perdido: hé aquí la enfermedad, la tempestad, el granizo; Dios puede, cuando quiere, vengarse, porque no hay nadie mas fuerte que El. Conozco dos medios seguros para ser pobre; y son: trabajar los Domingos y tomar los bienes ajenos (2).

Quedábale solo el deseo de que se cerrasen las dos tabernas que habia en la aldea, y con su dulce persuasion lo con-

(1) Espíritu del Cura de Ars, pág. 128.

(2) Espíritu del Cura de Ars, pág. 97.

siguió de los propietarios. Entonces Ars fué modelo de fervor, y contrajo tales hábitos de piedad, que desde el amanecer hasta hora muy avanzada de la noche el santo Cura no veía un solo instante desocupada la Iglesia, y pasaba muchas horas en el confesonario, ó dando la Comunion. A la una de la tarde les enseñaba el catecismo, al que afluían muchísimos forasteros. Se cantaban despues visperas y completas, se rezaba el Rosario, y al anohecer predicaba aquellos sermones que hoy leen con avidez y entusiasmo muchos cristianos.

M. Vianney no podia permanecer indiferente ante la pobreza de su iglesia: acudió á la oracion, y pronto tuvo abundantes limosnas, sobre todo del vizconde de Ars, que le permitieron poner un tabernáculo nuevo de bronce y hacer construir cuatro capillas: la primera á S. Juan Bautista, la segunda á Sta. Filomena, á quien atribuía los milagros que Dios obraba por él; la tercera al *Ecce Homo*, su gran recurso contra los pecadores, y la cuarta á los Santos Angeles, á los que tuvo mucha devocion.

No satisfecho aun, estableció la obra de las Misiones, y acudió con todas sus fuerzas y con su cooperacion personal á los Párrocos que las predicaban: imposible parecia que pudiese atender á tantas cosas sin descuidar su feligresia: así es que sus superiores eclesiásticos pronto supieron sus eminentes virtudes, y determinaron nombrarle Párroco de Salles, importante aldea de Beaujolais. Obedeció el siervo de Dios; pero sobrevino una fuerte avenida del Saone, y llenos de afliccion los habitantes de Ars, nombraron una comision que fué bien recibida en Lyon. Revocóse la orden, y el siervo de Dios continuó ejerciendo su evangélica mision.

M. Vianney habia visto entre los pobres á quienes socorria con abundantes limosnas muchas jovencitas huérfanas, ó abandonadas por sus familias, y movido á compasion, empleó 20.000 francos, resto de sus bienes, en comprar una casa, donde auxiliado por dos ó tres piadosas señoras, fundó un asilo para ellas, que llamó de la Providencia. Faltáronle los recursos muchas veces, y con heróica fe invocaba el favor divino, mereciendo socorros milagrosos, que presenciaron mu-

chos testigos. En esta santa casa pudo recibir hasta 80 acogidas, que despues de recibir una instruccion sólida y cristiana, fueron algunas religiosas, otras excelentes criadas y muchas buenas madres de familia. Todos estos prodigios de celo no los hacia el santo Párroco, descuidando el negocio de su propia salvacion.

Su mortificacion y penitencia eran tan grandes, que comia solo un poco de pan y seis ó siete patatas cocidas, durmiendo sobre un misero jergon. Rugia el infierno ante varon de tan eminente santidad, y le persiguió durante algun tiempo con ruidos extraordinarios á deshora de la noche, impidiéndole el corto descanso que concedia á su agobiado cuerpo, mortificándole además con la penosisima tribulacion que experimentó de parte de Sacerdotes y seglares que le calumniaban y atribuian á escándalo sus portentosas conversiones. La Cruz es el patrimonio de los elegidos; y el Cura de Ars pedia constantemente á Dios que le diese la alegria del sacrificio.

Entonces M. Devio, Obispo de Belley, le defendió públicamente, ó hizo callar á los murmuradores, consiguiendo el siervo de Dios que todos hiciesen justicia á sus rectas intenciones, y difundiendo mas, aunque á pesar suyo, el buen olor de sus virtudes y la fama de su acrisolada santidad.

Su vida era tan laboriosa, que su naturaleza, debilitada con los ayunos se resintió, y el 5 de Mayo de 1845 cayó gravemente enfermo. Los médicos que le asistieron perdieron toda esperanza de curacion, y para no alarmar á la poblacion, se decidió administrarle los últimos Sacramentos sin tocar las campanas. M. Vianney se opuso á ello, y al toque primero de la campana acudió una multitud numerosa de pueblo, que lloraba al saber la critica situacion de su venerable Pastor. El Señor aun le reservaba para su mayor gloria, y por intercesion de Santa Filomena le concedió la salud. Temeroso de los juicios de Dios, intentó despues dos ó tres veces retirarse ocultamente del curato, y pasar en soledad el resto de sus dias; pero el amor de sus feligreses y su gran caridad le decidieron al fin á permanecer en Ars.

En 1825, época en que el siervo de Dios fundó la obra

de las Misiones, comenzó la peregrinacion á Ars, siendo tal la afluencia de forasteros, que en 1858 los ómnibus que estaban en correspondencia con la estacion de Villafranca y los vapores del Saona trasportaron mas de 80.000 personas del Delfinado, Langüedoc, Provenza, Borgoña, Franco Condado, la Alsacia, Lorena, Bretaña, Saboya, Bélgica, Inglaterra, Alemania y otros paises. Entre ellas habia de todas clases y condiciones, ricos y pobres, ciegos, sordos, cojos, epilépticos y endemoniados, que venian de ciento y de doscientas leguas para pedir al Santo la curacion de sus almas y de sus cuerpos. No habia casas bastantes á dar albergue á tantas gentes que se veian obligadas á pasar muchas horas, en el presbiterio, en la iglesia y en sus alrededores, esperando un riguroso turno para confesarse ú oír al digno Párroco. No bien rayaba el alba, acudia á la iglesia, celebraba la Misa, y pasaba al confesonario, en donde permanecia diez y seis ó diez y ocho horas todos los dias.

Toda descripcion es pálida ante la realidad del admirable cuadro que presentaba á la vista del viajero la aldea de Ars, siempre llena de peregrinos; y cuando acertaba á pasar el venerable M. Vianney bendiciendo y mirando con dulzura á los que llamaba sus amados hijos, no era posible olvidar su persona siempre vestida con sobrepelliz, extraordinariamente demacrada, y que parecia despedir llamas de ardiente caridad. Entonces se estremecia, y decia: «¿Se necesita venir á Ars para conocer lo que es el pecado? ¡ Ah! solo podemos llorar y orar.» Todos se retiraban despues pacíficos y contentos, sin poder olvidar nunca las impresiones dulces de su viaje á Ars. El poco tiempo de que podia disponer despachaba la muchisima correspondencia que recibia de varios puntos del globo. Consultáronle los Arzobispos y Obispos de Lyon, de Aix, Orleans, Anney, Dijon, Valence, Autun, etc., pero sumamente modesto, hacia quemar estos preciosos autógrafos que manifiestan el poder y la influencia de su santa vida.

III.

HERÓICAS VIRTUDES Y PRECIOSA MUERTE

DEL CURA DE ARS.

M. Vianney poseía en grado eminente las virtudes teologales, que constituyen la esencia de la santidad. Hablaba de los sagrados misterios de la Religión con tal fe, que no parecía sino que los contemplaba y veía sin verlos. Vivía como el justo, de la fe, y con ella obró estupendos milagros, según lo prueban más de docientas muletas colgadas en las paredes de la capilla de Santa Genoveva. Los Santos son tan amados de Dios, que hacen de Dios lo que quieren; y así decía el siervo de Dios, «que un alma pura todo lo alcanza del Cielo.» La fe hace milagros; y cuando existe en un corazón santo, convierte, como M. Vianney, los pecadores por millares. Confesó diariamente más de cien personas durante los treinta años que hubo peregrinaciones en Ars, fruto inmenso de su fe, que el demonio le vituperaba, diciéndole que había llevado á Dios más de ochenta mil almas. Fundaba su esperanza cristiana en los méritos de Jesucristo, de la Virgen y de los Santos, acompañándola de la oración y de la contemplación. Era muy devoto de la Pasión del Señor, de la Santísima Virgen y de las Animas benditas del Purgatorio. El Corazón de la Virgen Santísima, decía, es todo misericordia, y solo desea hacernos di-

chosos. Basta invocarla para ser oídos. Siendo medianera con su divino Hijo, ama y se compadece de los pecadores, como una buena madre ama al hijo mas débil y desgraciado. Su bendito corazón es un abismo de amor, junto al cual son hielo los de todas las madres del mundo.» Muy devoto de S. José, le proponia como modelo de Sacerdotes. «¡Oh! decia con los ojos anegados en lágrimas: el Padre Eterno nos confia á los Sacerdotes su divino Hijo, como lo confió al Patriarca. ¡Qué dignidad hay que se asemeje á la sacerdotal!

Grande era tambien su amor á la Santisima Trinidad. Bajaba un dia del púlpito, despues de haber hablado con suma elocuencia sobre el Espiritu Santo, cuando uno de sus oyentes, el Padre Lacordaire, le siguió hasta la sacristia, y le dijo: «Señor Cura, me ha dado V. á conocer hoy al Espiritu Santo.» Hablaba siempre con efusion del Sagrado Corazón de Jesus, y del amor de Dios á los hombres, no pudiendo concebir la ingratitud de las criaturas con su benéfico Autor. Sus palabras, mas dulces que la miel, salian de sus labios purificadas por la oracion, llevando á sus oyentes la persuasion y la necesidad de practicar la virtud. Pero su pasion dominante era la conversion de los pecadores y el secorrrer á los pobres, que consideraba séres privilegiados. Se complacia en nombrar á S. Benito Labre, que pidiendo limosna, hizo la voluntad de Dios, atrayéndose los insultos y desprecio del mundo, sin hacer en su defensa mas que callar. Socorria á los necesitados con limosnas abundantes; y causa admiracion que siendo tan pobre, haya podido emplear dociientos mil francos en la obra de las misiones y cuarenta mil en aniversarios de Misas.

Dios concede el don de la humildad segun la santidad y la mision que han de ejercer sus predilectos. En el Cura de Ars la humildad fué tan profunda, que Dios durante 18 meses le dió á conocer su propia nada, cuya vista le inspiraba tal desaliento, que pidió y obtuvo que se apartase esta consideracion de su alma.—«La humildad, decia con encantadora sencillez, es como una balanza: cuanto mas desciende uno de sus platillos, otro tanto sube el otro.»—Su pobreza era tan

extremada, que vivia de limosnas y nada poseia. Un dia entró en su casa un Sacerdote que pensaba amueblar lujosamente su casa, y al considerar la sencillez de aquellos muebles, se conmovió, y resolvió emplear en Misas y limosnas el dinero que á ello destinaba: «el lujo mas digno de un Párroco, dijo, es el de la pobreza evangélica.»

El Cura de Ars practicaba muchas penitencias y austeridades; como víctima por los pecadores se ofrecia en holocausto á Dios, en union de los méritos de Jesucristo. Nunca se le vió oler una flor, beber fuera de las comidas, alejar los insectos que le molestaban, apoyarse estando de rodillas. Pasaba 18 ó 20 horas todos los dias en el confesonario, sufriendo los extremados frios y calores de las estaciones del invierno y del verano. «Cuando salgo del confesonario, dijo un dia, no puedo sostenerme sino apoyándome en las paredes; pero en el cielo ya no pensaremos en esto.» A todas estas mortificaciones, y á los cilicios de hierro que ceñian su cuerpo estenuado preferia el sacrificio de la propia voluntad: hablando de esta difícil virtud, decia, que si una pobre criada de servir supiese utilizarla bien, seria tan agradable á Dios como una religiosa que observase bien la regla de su instituto. M. Vianney habia conseguido ya el dominio absoluto sobre sus pasiones, lo que bien se conocia al verle tranquilo y contento, asediado é importunado siempre por muchísimas personas.

Acercábase ya el momento solemne en que Dios queria recompensar las virtudes de su siervo. La predicacion y el confesonario habian aniquilado aquella pobre existencia próxima á desaparecer: su voz era tan débil que costaba mucho trabajo oirla, y desmayos continuos pronosticaban dolorosamente que iban á concluir sus preciosos dias sobre la tierra. El verano de 1859 fué en extremo caloroso; y un dia al retirarse M. Vianney del confesonario, se dejó caer sobre una silla, diciendo estas palabras: «No puedo mas; creo que se acerca mi muerte» (1). Con sumo trabajo pudo ir á su pobre lecho, suplicando á los circunstantes que no merecia la pena de que se molestasen por él. Imposible es describir la cons-

(1) El Cura de Ars, pág. 122.

ternacion general, no bien se supo la gravedad del venerable Párroco. La iglesia fué invadida, y se elevaron al cielo fervorosos votos por la salud de M. Vianney; pero el mal fué en aumento, y el martes, cuarto dia de la enfermedad, pidió los Santos Sacramentos. Habia entonces en Ars muchisimos Sacerdotes, convocados sin duda por la Providencia, de diócesis lejanas, para que la ceremonia sagrada fuese mas imponente. Concurrieron á ella inmenso pueblo y muchisimos fósteros. Cuando el venerable anciano vió entrar en su humilde habitacion al Rey de los reyes y Señor de los señores, sus ojos se arrasaron de lágrimas, y tuvo una emocion inexplicable. Se negó á pedir á Dios su salud, y bendijo con mano trémula todas las obras de su apostolado. Entonces entró M. Langalene, Obispo de Belley, en la alcoba del santo moribundo, y le bendijo paternalmente.

Al verle se sonrió dulcemente, y en el momento en que los Sacerdotes rezaban esas hermosas palabras de la Iglesia: «Que los ángeles de Dios salgan á su encuentro, y le conduzcan á la celestial Jerusalem,» se durmió en el Señor el 4 de Agosto de 1859 á las dos de la mañana, rodeado de varios Sacerdotes y algunos de sus amados feligreses. Celebráronse sus funerales con ostentacion, concurriendo millares de personas, y pronunciando el Sr. Obispo de Belley la elocuente oracion fúnebre, que mereció de toda la Francia unánimes elogios. El proceso de la beatificacion del Cura de Ars ha sido acogido favorablemente en Roma, y Su Santidad Pio IX se ha dignado firmar el 16 de Setiembre de 1865 el decreto de revision de los escritos del siervo de Dios. Los milagros obrados recientemente en su glorioso sepulcro nos hacen conjeturar que pronto será venerado en los altares el digno Sacerdote que consagró toda su vida al amor de Dios y del prójimo, porque Dios glorificando á sus Santos se glorifica á si mismo. Al concluir estos apuntes bibliográficos, parece natural pedir al Señor por intercesion de su siervo, que no dejemos de imitarle en la medida de nuestra pequeñez, y que nos dé Santos, para que luzca inalterable y pura la verdad católica, en medio de las dificiles circunstancias y terribles pruebas que hoy sufre la Iglesia de Jesucristo.

(cuerpo humano) no solo se abra el templo del cuerpo
 humano. La gloria los invadidos y se abren al cielo. In-
 virones vol: por la salud de M. T. unavez por el mal de
 es amable y el misterio, cuanto desde la enfermedad, cada
 los Santos sacramentos. Habia entonces en las muchachas
 de las herederas, conocidas sin duda por la Providencia, de las
 cruzes lejanas, porque la comunica sacroba fuera mas inpu-
 nible. Conocieron a este inmortal pueblo y muchachas de
 castoras. Cuando el venerable anciano vio entrar en su templo
 de habitacion al hijo de los rios y Señor de los señores, sus
 ojos se arrastraron de admiracion, y tuvo una emocion inesplica-
 ble. Se nego a pedir a Dios su salud, y bendijo con mano
 tremada todas las obras de su apostolado. En otros casos M.
 P. de la Cruz, Obispo de Heliay, en la noche del santo mar-
 tino, y lo bendijo paternalmente.
 El 21 sale en camino de retorno, y en el momento en que
 los Sacramentos reciban sus primeras palabras de la Iglesia
 efectos de los de Dios se abren a su momento, y se condan
 con a la celestial Jerusalen, se abren en el Señor el 4 de
 Agosto de 1803, las dos de la mañana, recibiendo de varias
 Sacramentos y algunas de sus muchos felices. Los santos
 que habian con entusiasmo, concurrendo millares de per-
 sonas, y proclamando el Sr. Obispo de Heliay la siguiente
 oracion: (hoy) por intercesion de toda la Patria unanime
 al proceso de la beatificacion del Sr. de Arz. de
 lo acordado favorablemente en Roma, y en S. Domingo el 17
 de Agosto de 1803, el 16 de Septiembre de 1803, el don-
 de la Patria de los santos del siglo de Heliay. Los milagros
 obrados maravillosamente en su glorioso capitulo nos hacen con-
 templar que pronto sea venerado en los siglos el digno Sa-
 cramento que consagra toda su vida al amor de Dios y del pro-
 pino, porque Dios glorificado a sus Santos es glorificado a si
 mismo. Al concluir estas oraciones hiperbolicas, parece a un-
 car poder al Señor por intercesion de su santo, que no de-
 jamos de insistir en la medida de nuestra capacidad, y que
 nos de Santos, para que luego recibamos y para la verdad
 catolica, en medio de las distintas circunstancias y recibidos
 pruebas que hoy into la Iglesia de la Patria.